



AÑO IV

← BARCELONA 10 DE AGOSTO DE 1885 →

NÚM. 189

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EMILIO ZOLA

## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—CASA DE VECINDAD, por don M. Ossorio y Bernard.—MI REJA, por don Benito Mas y Prat.—AURORA (conclusion), por don Vicente Colorado.—¡VIVIMOS POR...! por el doctor Hispanus.

GRABADOS: EMILIO ZOLA.—LOS INTELIGENTES.—¡C'INTENDIAMO! cuadro por F. Vineá.—LA CACERÍA, dibujo por R. Bool.—UN TIPO MERIDIONAL, dibujo por F. Reiss.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: MÁRTIR CRISTIANA RETIRADA DEL CIRCO, cuadro por Carlos Piloty.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera ¡siempre el cólera!—Dolor y teorías.—Malthus y las madres.—La ciencia y la humanidad.—Sabiduría cruel.—Creación cadavérica.—Las llamas y los gusanos.—En el Hipódromo.—Un hombre sin brazos.—En el circo de Price.

En el mismo sitio en que consignamos hace quince días la última lamentación sobre el cólera tenemos que reanudar la triste plegaria. Es aburrido y monótono el repetir idénticas notas y estar cantando siempre sobre el mismo pentágono.

Pero en verdad que ya que el asunto no sea nuevo pueden serlo los diversos aspectos bajo que se examine.

El cólera en la familia es el inesperado desenlace de un drama del que se esperaban nuevas escenas que desfilasen en no interrumpida serie de sorpresas. El estupor que produce la tremenda desgracia hace palpitar en los labios de los piadosos preces y en los de los impíos, imprecaciones. Pueblos convertidos en cementerios, dilatadas prosapias del trabajo agrícola segadas á la manera como segaban ellas las mieses, niños arrancados del seno de su madre muerta por manos caritativas que tienen que separar de los húmedos labios del infante el pezon seco y frío de la pobre muerta, rasgos de abnegación y caridad que tal vez se ostentan en mendigos y gentes ineducadas, monstruosidades del egoísmo humano que acaso se dan á conocer en las más linajudas familias... todo esto es el cólera.

Socialmente hablando no falta quien le defienda como un purificador que libra á la humanidad de seres entecos y enfermizos, como un agente poderoso de la negra teoría de Malthus que acusa á los hombres de hacer demasiado caso al amor y reproducirse con excesiva facilidad.

Profundo abismo separa estas teorías de aquellos dolores. A las deducciones fatídicas del economista inglés opone la madre que ha perdido sus hijos en la epidemia un argumento triunfal y convincente: su corazón, urna del martirio, lacrimatorio del sentimiento humano, verbo de un infinito de dolores de cuyas luminosas lágrimas hacen los ángeles sus estrellas.

\* \*

Con motivo del terrible aumento en la mortalidad se ha puesto de nuevo sobre el tapete el problema de la cremación cadavérica.

Ya no son bastantes los cementerios para contener tanto cadáver. Crecen á la par las dos poblaciones, la de los vivos y la de los muertos y colinda la ciudad y el cementerio.

Para evitar que los miasmas sepulcrales envenenen el oxígeno se ha intentado la cremación.

Los católicos la rechazan fundándose en los textos bíblicos, que mandan al hombre convertirse en tierra como Dios mandó á la tierra convertirse en hombre, pagando así el tributo de la forma al tirano de la materia.

Mucho han discutido los periódicos italianos y franceses acerca de la cremación cadavérica, aceptada por unos con entusiasmo como la forma más hermosa de la modificación de la materia y anatematizada por otros en nombre del catolicismo que manda que á los muertos se les dé tierra, no fuego.

Recientemente la discusión ha tomado nuevo vuelo y mayor interés, porque en Marsella un miembro del Consejo municipal ha propuesto la adopción del sistema crematístico.

El corresponsal del *Figaro* en Roma asistió días pasados á la cremación de un cadáver en el *Tempio crematorio* de Milan. Este colombasio ha sido construido por suscripción pública. La cremación se hace por medio de dos hornos; uno del sistema Gorino, caldeado con leña; otro caldeado por gas, que desarrolla una elevadísima temperatura. Este se halla revestido de mármol negro y su aspecto es severo.

En este nuevo aparato se efectuó la cremación del cadáver de una mujer de setenta años. El cronista relata muy por lo menudo cómo se fué consumiendo el cadáver; no le sigamos en sus descripciones espantables.

Hay muchos hombres que prefieren á la labor horrenda del gusano la labor rápida y brillante de la llama, mejor que ser roído es ser abrasado y es preferible palpitar un momento como pavesa deleznable en el beso apasionado de la combustión, que no servir de campo de operaciones á la infame y hambrienta gusanería que ántes de hacernos desaparecer nos vilipendia y reproduciéndose infinitamente celebra sus amores sobre nuestras ruinas.

\* \*

Una de las notabilidades excéntricas de Madrid desde

hace muchos días es M. Untham, el hombre sin brazos que se exhibe en el circo hipódromo de verano. Viendo la maravillosa habilidad de sus piés, cree uno ver unos brazos metidos en los pantalones. Con los dedos de aquellos piés juega al *ecarté*, baraja americanamente los naipes con la astucia de un griego de profesión; descorcha una botella de cerveza y maneja una pequeña carabina con la que hace tiros prodigiosos.

Pero ahora se dice que Mr. Untham tiene brazos; sólo que los oculta.

Lo cual, si fuese cierto, daría más originalidad á sus ejercicios.

\* \*

En Price llora sobre la pista casi solitaria el dios de los acróbatas, un dios de músculos de acero y pecho de Hércules.

El público huye de aquel lugar en que los *clowns*, contra todas las tradiciones, hacen llorar; únicamente van los adoradores platónicos de la forma artística á sorber con los ojos las formas irreprochables de las tres velocipedistas. Y en verdad que si puede ponerse en tela de discusión la novedad del ejercicio, no puede negarse que es espectáculo agradable ver á una mujer moverse en rápidos círculos, manejando airoosamente los estribos del brillante bicicleta, y llevándose detrás, pegado á las puntas de las cintas que penden de su hombro, el deseo y la admiración de los devotos.

J. ORTEGA MUNILLA

## NUESTROS GRABADOS

EMILIO ZOLA

Pocas reputaciones se han formado tan rápidamente como la de este novelista; pero pocas reputaciones han sido más controvertidas, y á nuestro juicio con más fundamento. Zola, de quien nadie se había apercibido como literato, necesitaba, cual un día Alcibíades, que el público se fijara en él; y á imitación del extravagante griego, cortó la cola á su perro, es decir, arrojó á la multitud un libro en cueros.

El autor de *Nana* y de la *Taberna* representa en el terreno de las letras lo que Courbet se propuso representar en la esfera del arte pictórico, un realismo crudo, un realismo material, un realismo *feo*, que quiso disculparse tras la dura necesidad de que las cosas han de manifestarse tal como son.

No negaremos que Emilio Zola es un buen conocedor del corazón humano, que sus obras revelan un talento observador y hasta, si se apura, cierta moral no del todo inaceptable; pero distintos novelistas se han propuesto otro tanto y más en sus empresas, sin necesidad de acudir á recursos de ese género. Después de todo, el realismo absoluto no existe ni puede existir siquiera en esa clase de libros: los mismos personajes de la *Taberna* no blasfeman ni dicen obscenidades como en realidad blasfeman y las dicen los héroes tabernarios. Luego, si en toda manifestación del genio ha de haber una buena parte convencional, no hay para qué llamar escuela á un realismo que, por ejemplo, no es más real que el de Balzac á pesar de que este nunca tuvo el mal gusto de servir á sus lectores pimientos en vinagre ó guindas en alcohol.

## LOS INTELIGENTES

No es la sátira terreno vedado para los artistas, ántes bien algunos han empleado en él su mordaz talento para vengarse del público algunas veces y las más para ridiculizar á algunos críticos de quienes han creído recibir agravios. En tales casos, el animal escogido ha sido, bien el mono ó bien el asno, este último con preferencia cuando la sátira se ha dirigido contra algún escritor ó profano al cultivo del arte.

Creemos, pues, adivinar en ese lienzo un mordaz epigrama, no exento de gracia y ejecutado con perfecto conocimiento del animal preponderante en él. Esos pollinos que van á contemplarse á sí propios en el caballete que el pintor ha abandonado en el bosque, tienen toda la petulante gravedad de esos pretendidos sabios que se han aplicado á sí propios los efectos del dogma de la infalibilidad. El artista parece haber entregado su obra á la voracidad asnal, sin preocuparse del resultado del examen, y allá en el último término del cuadro se le ve tomando apuntes; con lo cual ha querido demostrar la poca importancia que debe darse á la crítica de los pretenciosos incompetentes.

¡C'INTENDIAMO! cuadro por F. Vineá

Con los dos sexos sucede una cosa particular: que así como es muy difícil que lleguen á ponerse de acuerdo, como haya un poco de oposición ó mala voluntad por una ú otra parte, y en especial por la del individuo perteneciente al sexo llamado débil, así también es cosa llana, fácil y hacedera que se entiendan, á pesar de cuantas dificultades y obstáculos á ello puedan oponerse, si el irresistible fluido de la simpatía ó de otra atracción más fuerte se establece entre ambos. Los dos personajes de nuestro cuadro se hallan en el segundo caso: se entienden, y aun cuando el pintor no nos lo dijera así en el título de su obra, bastaría contemplar sus expresivas fisonomías para conocer que entre ellos no hay repulsión, sino esa afinidad, esa atracción mutua que empieza por una mirada y acaba en el tálamo conyugal.

## LA CACERÍA, dibujo por Bool

No es esta la primera vez que insertamos grabados referentes á asuntos cinegéticos; al ocuparnos de la descripción de los anteriores hemos apuntado las consideraciones que la afición y práctica de la caza nos sugiere; por consiguiente no incurriremos ahora en innecesarias repeticiones, y nos limitaremos á consignar, por lo que respecta al dibujo del hábil artista inglés, que su ejecución prueba bien á las claras el estudio que ha hecho de la naturaleza, no en su taller ni en las academias, sino en el campo, en la selva, inspirándose en el natural y trasladándolo al lienzo ó al boj con esa fidelidad que resalta en su dibujo y que en puesto tan principal ha colocado á Bool entre los artistas de su país.

UN TIPO MERIDIONAL, dibujo por F. Reiss

Una vez más surge, al contemplar este tipo, la sempiterna cuestión de la preferencia que debe darse al color de la tez. ¿Son más lindas las rubias ó las morenas?

Tampoco pretenderemos nosotros dirimirla: solo sí diremos, que teniendo delante la dueña de ese rostro, recibiendo la mirada de esos ojos llenos de fuego y de languidez al mismo tiempo, probablemente, dado nuestro temperamento meridional, no hubiéramos podido reproducirlo con el acierto de Reiss, sin habernos abrasado ántes al calor de esa misma mirada.

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MÁRTIR CRISTIANA RETIRADA DEL CIRCO, cuadro por Carlos Piloty

Este lienzo parece antítesis del famoso *Spoliarium* de Luna: el pintor filipino ha producido el interior del circo romano después de una lucha de gladiadores, y en su composición todo huele sangre, todo respira estrago. Piloty ha pintado, también, el interior del mismo circo después de sacrificados los cristianos; y en la escena todo respira tranquilidad, todo parece estar perfumado de incienso.

Y es que, en uno y otro caso, el asunto se ha impuesto á artistas que se encontraban á la altura de él, y sus obras traducen de una manera acabada, en la de Luna los despojos del atleta que muere matando y blasfemando, en la de Piloty los restos de la débil vírgen que ha muerto orando y bendiciendo.

Ahí está su cuerpo tendido sobre la dura piedra; la muerte ha puesto término al dolor físico y el semblante de la doncella cristiana vuelve á ser tan hermoso como ántes de ser arrastrada al suplicio, más hermoso aún, pues en sus labios parece vagar la sonrisa del que ha entrevisto el cielo en el momento de despedirse del mundo.

Un jóven romano, otro de los magistrados que dirigen las carnicerías cristianas, se detiene á contemplar los restos de la mártir, y su frente se nubla ante los despojos de su víctima. ¿Qué pensamientos se formulan tras de esa frente? ... El entusiasmo del mártir producía con frecuencia efectos contagiosos. ¿Quién sabe si el cadáver del patricio libertino sustituyó ántes de mucho al de la mártir cristiana, sobre esa dura piedra, lecho del desposorio místico de tantas vírgenes como murieron por la fe de Cristo?...

## CASA DE VECINDAD

(CUADROS DEL NATURAL)

I

—¡Quién manda rezar la oración de San Antonio, la Virgen del Carmen ó la del Rosario! ¡Una limosnita al pobre ciego!

Y oyendo caer sobre los guijarros del patio la moneda de dos cuartos, procedente de la beata de uno de los cuartos del segundo piso, moneda que el lazarrillo se apresura á levantar y á entregar á su amo, el ciego rasguea su guitarra y con voz que no brilla por su extensión ni por su escuela, pero que tiene un carácter difícil de olvidar cuando se ha oído frecuentemente, comienza la conocida canción que ha sobrevivido á todas las conquistas de los liberales:

Un devoto por ir al Rosario,  
por la ventana se quiso tirar,  
y la Virgen le dijo: Detente,  
detente, devoto, por la puerta sal...  
que ya llegarás.

Un nuevo rasgueo de guitarra demuestra que el cantor aguarda nuevos encargos de los vecinos, y en vista de que éstos tardan vuelve á preguntar:

—¿Quién manda rezar al pobre ciego?

Y como ninguno lo manda, el ciego canta espontáneamente y con tendencia epigramática:

El hermano Felipe el Batato,  
el campanillero de aquesta hermandad,  
lo yamaron para ir al Rosario,  
dice que está malo, que no puede andar;  
lo yamaron para bebé vino,  
dice que está güeno, que al momento va.

—Seña Pascuala,—dice una inquilina del patio á otra de la buhardilla,—¿hay fuego en la casa?

—Creo que no, seña Encarnacion, sino que el carbon anda caro y hay quien guisa quemando papeles.

—No hable V. tan recio, que pueden oírlo.

—Don Periquito no oye nunca, y aunque oyera, no habria mal en ello, que ningun daño le hacemos. Su parienta no está en casa y él no ha de morir de hambre.

—Pero puede quemar la casa y perjudicarnos á todos,—dice una tercera interlocutora, saliendo de su cuarto del pasillo principal.

—Yo creí,—añade una cuarta voz,—que estaba V. asegurada de incendios...

—Pues ¿velaí que no lo estoy!

—Y la verdad es que un fuego seria muy peligroso para V.... porque debe tener el cuarto lleno de leña...

—¿Me la ha traído V., seña Rita?

—Se la da todas las noches su hombre...

—Mi marido dirá V.... casado en la parroquia de San Luis.

—¡Sí! por la plazuela del Cármen.

—¡Insolente! Dé V. gracias á que la desprecio...

—Pues ya lo creo... Muchacho, avisa al sangrador, que va á darme un *aciadentro*!

—¿Svs quereis callar?—exclama una voz hombruna, que no se sabe de dónde sale.

—Sí, nos callamos,—prosigue la vecina provocadora,—que no es cosa de enojar al señor, que es de justicia ó que tiene que ver algo con ella... ¡Ay, qué Dios!

—Felisa,—dice un nuevo personaje que escribe junto á un biombo del patio solicitudes y cartas al uso moderno,—púrgate, hija mia.

—¿Por qué, señor *trillas*?

—Porque tienes sucia la lengua.

Y siguen cruzándose frases más ó ménos ingeniosas y agresivas desde el patio al corredor segundo, desde la buhardilla al principal, desde el tercero á la casa de enfrente, sólo separada por una medianería baja, hasta que los sollozos de una mujer que habita en uno de los cuartos del tercero encaminan á un solo objeto todos los pensamientos.

—Ya me lo presumia,—dice la Pascuala,—se le ha muerto el chico á la señora María.

—Y Dios le ha hecho mil favores,—observa Encarnacion,—que la pobre criatura no podia vivir.

—Naturalmente,—exclama la Felisa,—como que la ha curado don Diego, que debe estar pagado por las sacramentales para buscarles parroquia... En cuanto yo le vide entrar en la casa me la calé y dije: No tardarán en venir los enterradores.

—¡Pobre criatura!

—¡Angelitos al cielo!

Y como si tomara parte en la general conversacion un perro sin dueño conocido, que duerme en la escalera y busca de día su alimento en los montones de basura y en los exíguos restos de las comidas de los inquilinos de aquella casa, lanza un fúnebre aullido, miéntras que un segundo ciego, que entra á la sazón en el patio, grita rasgueando tambien la guitarra:

—¡La oracion de Santa Lucía! ¡La de las ánimas del Purgatorio! ¡La de San Antonio!... ¿Quién por dos cuartos no manda rezar al pobre ciego?...

Y á pesar de no conseguir encargo alguno, *sale* por la oracion de San Antonio en estos ó parecidos términos:

Si buscas milagros, mira muerte y horror desterrados, miseria y demonio huidos, leprosos y enfermos sanos, miembros y bienes perdidos recobran mozos y ancianos, el mar sosiega sus iras, redimense encarcelados... Ruega á Cristo por nosotros, Antonio divino y santo, para que dignos así de tus promesas seamos.

II

En las primeras frases cambiadas entre la señora Pascuala y la señora Encarnacion se ha pronunciado el nombre de don Periquito. Aquel *don* excepcional en el sitio que ha sido pronunciado constituye un problema.

¿Quién es don Periquito?

Las vecinas más antiguas de la casa saben solamente que hace un par de años alquiló uno de los pisos terceros un matrimonio muy jóven, tan jóven que entre ambos cónyuges contarian poco más de cuarenta años. Aquella mudanza no reclamó grandes incomodidades ni dispendios. Un mozo cargado con un tablado verde y unos jergones, coronado el total por un lío de ropas; otro mozo con una mesa de pino, dos sillas de paja y un cajoncito de madera; el matrimonio llevando á la mano una lámpara, dos ó tres cuadros, algunos útiles de escritorio y papeles... hé aquí el ajuar, más miserable que modesto, del matrimonio que ocupó una de las habitaciones del piso tercero, señalada con el número 13 é inmediata á la que ocupaba la señora María, madre de la criatura que acababa de morir.

Don Periquito y su mujer, conforme denunciaba el ajuar de los mismos, no disponian de grandes medios de fortuna, y aún ella tenia en ocasiones que dedicarse á coser y bordar en ajenas casas. En aquellos dias, don

Periquito quedaba por amo de la suya y, encerrándose con llave y cerrojo, se consagraba, despues de sus habituales tareas, á mirar por sí, guisándose algunos manjares muy elementales, desde las migas á las patatas, sin intrusion de otras sustancias. Algunas veces la falta de carbon habia hecho necesario á don Periquito recurrir á la quema de libros y papeles para suplirla; pero el humo denunciador del hecho habia puesto en conmocion á los vecinos.

Don Periquito, sin embargo de todo esto, era bien quisto y hasta respetado por sus compañeros de casa. Estos habian observado que muchas veces subian á la habitacion número 13 jóvenes elegantes y que denunciaban en todo disfrutar de excelente posicion social, y que en ocasiones habian celebrado en la habitacion banquetes de mayor importancia; habian notado tambien que al levantarse los jornaleros para marchar á su trabajo, en casa de don Periquito habia luz, que no se habia apagado en toda la noche; y por último, era notorio que en aquella casa podria faltar el pan muchos dias; pero que todos acudian á ella los repartidores de periódicos á dejar el número corriente. De todo lo cual y de algunas ligeras confidencias hechas por el matrimonio jóven á sus vecinos, habíase puesto en claro que don Periquito *sacaba libros de su cabeza* y escribia con varia fortuna en los periódicos que á la sazón se publicaban en Madrid.

¿Cuál era el pasado de don Periquito y de su mujer Dolores? Los vecinos de la casa lo ignoraban, pero lo presentian. Aquellos jóvenes se habian encontrado en el mundo y la atraccion de la mutua desgracia les habia acercado; el cariño les habia unido y los sacrificios realizados por marido y mujer en difícilísimos tiempos habian contribuido á acentuar el cariño sereno que sigue á los arranques del amor.

El memorialista del portal, hombre relativamente ilustrado y que leia de segunda mano algunos periódicos, habia dicho más de una vez á los vecinos del patio:

—¡Oh! don Periquito será un personaje el mejor dia. En el *Museo universal*, en *El Cascabel* y en el *Gil Blas* se han publicado coplas suyas. Lo cual que algunas de ellas *caen* muy bien.

El pobre memorialista no tenia el don de la profecía, por lo cual es casi seguro que don Periquito no habrá llegado á ser un personaje nunca; pero es posible que haya logrado siquiera salir de la casa de vecindad... ¡Hay tantos Periquitos en la extensa familia literaria!

III

En la noche del dia en que comienzan estos capitulos de recuerdos, la habitacion de don Periquito no tuvo luz; pero en cambio brilló incesantemente en el cuarto inmediato, ocupado por la señora María y el señor Diego su marido. Tambien la ocupaba aún, rígida y yerta por el frio de la muerte, una niña de poquísimos meses encerrada en una cajita azul, entre cuatro luces de cera, que daban á la estancia una claridad dudosa y triste.

La desgraciada madre, que ya no tenia lágrimas por las muchas que durante el dia derramara, dormitaba con una parienta en la alcoba única; el señor Diego, dependiente de la parroquia y padre de la criatura, se habia hecho un deber de velar por sí mismo á la niña muerta. En aquella piadosa ocupacion le acompañaban don Periquito á quien ya conocemos en parte, Manuel, que era un carpintero de más crédito que recursos materiales, el señor Juan, vecino del piso cuarto, y el memorialista del patio.

¡Qué triste es una noche de invierno pasada junto al dolor contenido de los que han sufrido una pérdida irreparable!

El señor Diego procuraba, no obstante, sobreponerse á la suya y atender á sus compañeros, á cuya disposicion habia puesto una botella de aguardiente y una cajetilla de tabaco picado. De esta última se habia hecho desde un principio gran consumo, como lo acreditaba lo enraecido de la atmósfera que habia obligado más de una vez á abrir la ventana que daba al pasillo de la casa ó entornar la puerta de entrada á la habitacion.

La conversacion al principio no tuvo más que un tema: el de la desgracia que allí congregaba á todos. La niña habia estado siempre bastante enfermiza: respiraba con dificultad y no se nutria lo bastante. Un constipado que tuvo y no le pudo ser curado bien, interesó sin duda á sus pulmones, precipitando su muerte.

—¡Sea todo lo que Dios quiera!—terminaba diciendo el padre.

—Pues yo creo, á pesar de los pesares,—decia el memorialista,—que el médico ha sido poco afortunado: hoy mismo la Felisa, que tiene muy mala lengua, decia algo sobre este particular, y aunque yo la hice callar porque no me gustan sus murmuraciones, la verdad es que don Diego es poco enérgico en combatir las enfermedades. Y no hay que darle vueltas, cuando estas se presentan de mano armada es preciso recibirlas lo mismo. ¿No es verdad, don Periquito?

—Poco entiendo de medicina,—contestaba el aludido;—pero creo que cuando el médico no ha hecho más habrá sido por conceptuarlo inútil todo. Nadie puede mirar con sangre fria un problema del que pende la vida ó la muerte de un individuo.

—Don Periquito dice bien,—replicaba el señor Juan;—el médico que ha asistido á la criatura no habrá podido hacer más, pues con interés lo toma siempre. Cuarenta dias me estuvo asistiendo á mí, cuando me caí del andamio y, gracias á Dios, apenas se me conoce la cojera.

—No le culpo yo,—dijo el padre;—que esta es la quinta criatura que se me muere y la primera para cuya asistencia llamé á mi tocayo don Diego.

—No hay más que conformarse,—observó lacónicamente el carpintero Manuel.

Y todos guardaron silencio durante algunos momentos en los que sólo se escuchaba el chisporroteo de las velas, el acompasado movimiento de la péndola de un antiguo reloj de pared y los sollozos contenidos de la señora María en la alcoba.

De repente se escucharon á lo léjos otros ruidos muy perceptibles, como de golpes, á los que acompañaban gritos procaces y amenazadores y á que respondian ayes y quejas.

—¡Lo de todas las noches!—dijo el memorialista.—Ese bribon de jugador y borracho señala así su entrada en la casa.

Los ayes y los lamentos de la mujer del jugador prosiguieron durante algunos minutos y fueron apagándose lenta y progresivamente para dar lugar á otros dos ruidos igualmente perceptibles: el de los sollozos ahogados de la víctima y el de los ronquidos del que semejantes procedimientos empleaba con su mujer.

—Cinco años hace,—prosiguió el memorialista,—que conozco á ese hombre y cinco años que se me revuelve el cuerpo, por no serme posible remediar á su pobre mujer. Una vez quise intervenir en sus reyertas y sólo conseguí que el bribon del tahir tratara de matarme con una navaja, pudiendo librarme gracias á la intervencion de don Periquito y del señor Diego. Desde entónces el maldito ese no me encuentra una vez sin jurármelas y mucho me temo que más pronto ó más tarde no realice sus amenazas.

Los personajes aludidos por el orador hicieron con la cabeza una señal de asentimiento sobrado elocuente, pues lo mismo confirmaba el relato de lo ocurrido que el temor de lo que podia llegar á ocurrir.

Despues volvió á reinar silencio, á escucharse sólo el acompasado ruido de la péndola del reloj y, de vez en cuando, el rumor de pasos en la escalera. Cuando esto ocurría el bueno del memorialista se asomaba á la ventana y comunicaba al auditorio sus observaciones.

—La ribeteadora del patio, que vuelve del baile de Capellanes. Alguien la acompaña, porque han encendido una cerilla y ella entra siempre á oscuras.

—Ahora entra Roque, el cajista de *La Discusion*. Si llega por aquí, él nos dará noticias.

Con efecto, el cajista, al observar desde la escalera que habia luz en casa del señor Diego, se acercó á la puerta y saludó á todos.

—Me lo temia,—dijo al padre;—pero hay que conformarse.

—Ya lo hago, Roque, ya lo hago: tan acostumbrado estoy á llevar muertos al cementerio, que no me cogen de nuevas estas escenas. Así que amanezca, yo mismo llevaré á mi pobre niña.

—¿Y qué hay de cosas?—preguntó el señor Juan á Roque, tanto por lo aficionado que era á la política, como para dar otro giro á la conversacion.

—Pues, lo de siempre: verdugos arriba y víctimas abajo; pero dia llegará en que cambie todo esto. Lean ustedes mañana *La Discusion* y verán lo que es bueno.

—¡Bah! Cualquiera se fia de los periodistas...

—Véanla Vds., que ahora parece que va de veras: la union liberal lo hace muy mal y el mejor dia se verá reemplazada por los moderados. Yo me alegro, que así vendrá más pronto la *gorda*.

—¡Y bien que se burla de ella *El Cascabel*!

—No me habéis de ese papelucho, que me irrita.

—Pues bien se vende por las calles...

—Claro, por sus charaditas y demás; pero no por su fondo.

—Para Roque,—dijo el señor Manuel,—no hay más que su *Discusion*; y hace bien, que en su imprenta gana el pan.

—Con que, caballeros, me voy á descansar, que hoy tengo que ir á *la edicion*... Esto, si el señor Diego no me necesita.

—No, hijo; toma una copa y descansa, que buena falta te hace.

Roque subió el último tramo y los que velaban á la muerta tuvieron ya desde entónces un nuevo tema para la conversacion.

(Continuará)

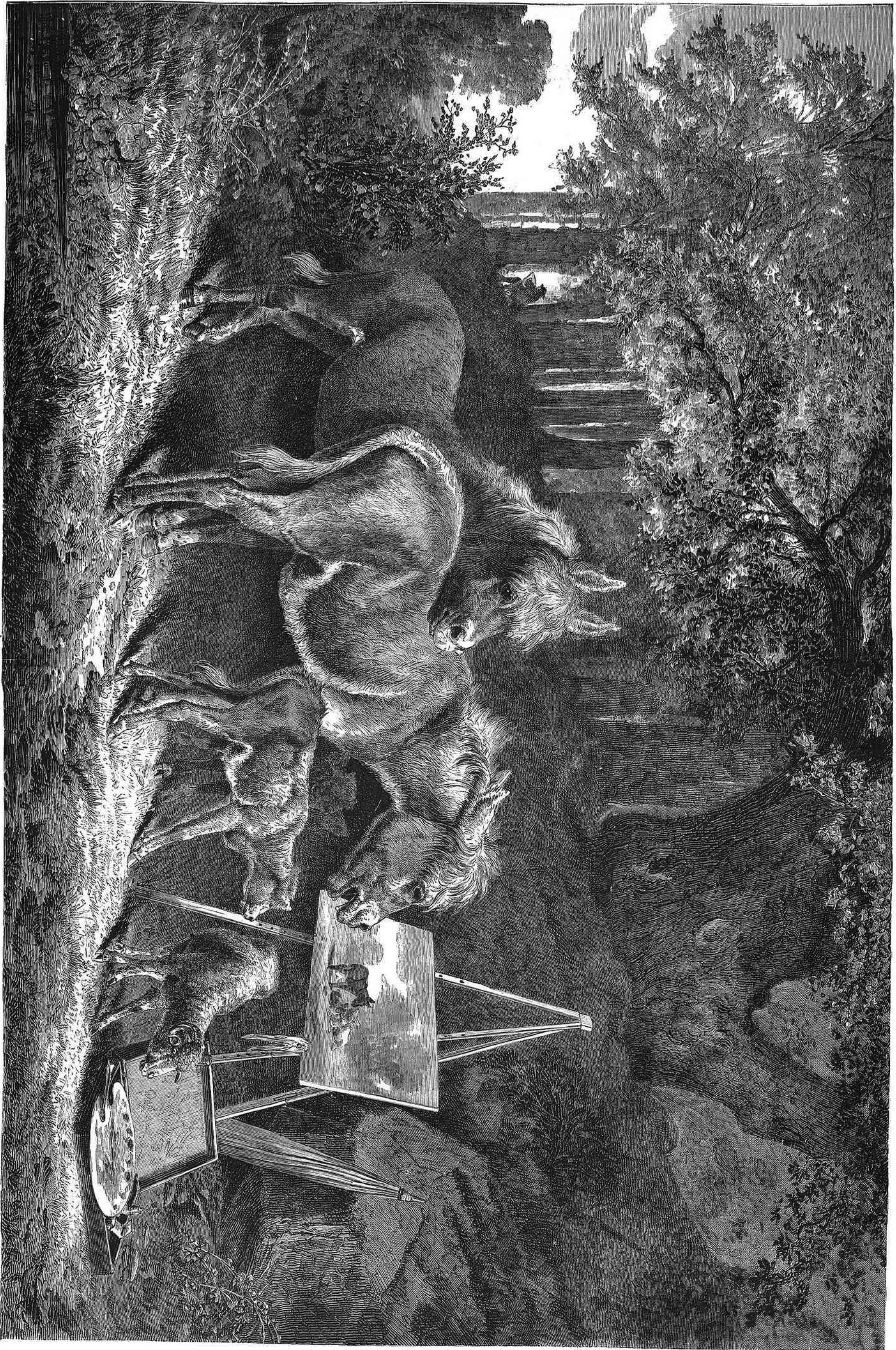
M. OSSORIO Y BERNARD

MI REJA

A los veinte años estar al pié de una reja es la suprema de las dichas. El que no ha pasado en Andalucía una noche de claro en claro cerca de alguna Dulcinea de negras trenzas y de seno cubierto con pañuelos de espuma, ni sabe lo que es querer ni lo que son flores, como decimos por esta tierra de María Santísima.

Las noches de mayo, claras hasta el extremo de poder leer á la luz de la luna las rimas de Becquer en ediciones diamante,—si las hubiera—parecen hechas á propósito para *pelar la pava*. Los andaluces no le dejan ni una pluma en el mes de las flores ni en los demás meses del año, por eso suele durar la operacion hasta que apunta el alba.

Todos saben lo que se llama en el mediodía de España *pelar la pava* y no he de meterme yo en honduras folclóricas con este motivo: pelar la pava es hablar á solas



LOS INTELIGENTES





MÁRTIR CRISTIANA RETIRADA DEL CIRCO, CUADRO POR CÁRLOS PILGY





CINTENDIAMO, cuadro por F. Vinea



con una mujer en la reja, y aunque jamás parezcan el ave ni los despojos, es el caso que esta empresa tiene cuatro bemoles.

Yo también he pelado la pava ¿por qué no decirlo? Inicialmente en los misterios de este sacrificio, propio del culto de Eros, por una morena de ojos como tazas y manecitas como terrones de azúcar, llegué a ser maestro en el oficio y pude a mi vez dar fructuosas lecciones.

Esto de pelar la pava tiene para el profano dificultad de gran cuenta. La primera y principal consiste en tomar posesión de la tierra prometida o lo que es lo mismo de la calle en que habita nuestro adorado tormento.

Hay que clavar como Colon el estandarte en los linderos del nuevo mundo; llevar, como Nuñez de Balboa, el agua al cuello y blandir la espada en señal de dominio, levantar cruzada contra las lenguas de las comadres del barrio, como Pedro el Ermitaño, y quemar las naves, como Hernan Cortés, cuando hay rivales en la acera de enfrente.

Cumplidas estas primeras pruebas materiales de iniciación, comienzan las pruebas de orden moral que son a veces más terribles y dificultosas. Comprendese que Aristides y Focion permanecieran frios e indiferentes ante los tesoros de Grecia; que el caballero aquel a quien los gnomos del Norte ofrecieron sus montones de piedras preciosas, no osara tocar un solo diamante, ganoso de pasar plaza de incorruptible y desprendido; mas, ¿cómo comprender que un amante permanezca horas enteras al lado de su amada, en las soledades de la reja, sin tocar una sola hebra de sus trenzas ni un solo dedo de su mano?

Tal es la prueba suprema. La luna penetrando por los resquicios de la celosía color de esperanza, deja caer atrevidamente sus rayos sobre un cuello de cisne o sobre una frente nacarada: ¡pícaro luna que así puede entrar y salir en el paraíso! El novio que *pele la pava*, o lo que es lo mismo que suele poner *de roja de pascuas* a la luna y a las estrellas, bebe, absorbe, aspira los efluvios de aquel tesoro vivo, cuyas piezas de plata cuenta sólo en el pensamiento y siente sólo el frío contacto de los hierros de la ventana al separar el embozo de las cejas.

—¡Mi vida.....!  
—¡Mi alma.....!

La línea de puntos suspensivos completa este diálogo con ciceroniana elocuencia.

Se han hecho muchas ediciones del Julieta y Romeo de Shakespeare, y aún se traduce el drama a todos los idiomas; si así no fuera, buena ocasión aquí, para recordar aquello del prematuro canto del ruiseñor o de la alondra. Para los novios, siempre son el alba y los pájaros importunos madrugadores.

Yo he querido atisbar lo que se dicen los amantes en esas interminables conferencias de la reja y no he podido saberlo más que por experiencia propia. Esto consiste en la duplicidad extraña que distingue a tales diálogos.

Hay novios que no hablan, que se entretienen en deshojar flores, ensartar agujas, o hacer pajaritas de papel; estos y los que hablan del tiempo, de la música y de los sermones de tres horas, son los que en realidad tienen conversaciones más interesantes con el alma y con los ojos.

Tal duplicidad de diálogos suele dar lugar a quid pro quos de mucha gracia. Ejemplo:

Pregunta la novia: Dime, X, ¿qué traje te gusta más, el rojo o el gualda?

A lo que contesta sin vacilar el novio:—¡Oh, tu cuello, tus hombros, no los soñó Fidias semejantes! Ese esqueleto de Amelia debe de estar comida de envidia.

Pregunta el novio:—Dime, Z, ¿qué platea ocupas en la ópera esta noche?

A lo que replica la novia mirando al cielo:—Estaré siempre mirándote aún cuando viva en la estrella Rigel.

Los interlocutores se distraen frecuentemente; entónces es cuando pelan la pava con todas las reglas del arte. Para ello hay que enlazar las manos de los operadores, según el testimonio de un Ovidio andaluz a quien procuró seguir en estos detalles. *Su mano entre las mias* etc. etc., dijo un poeta, refiriéndose a esas conversaciones sin palabras que tan profunda huella dejan en la memoria.

Los leves rumores de la noche apenas llegan a la enamorada pareja; el canto del grillo recuerda la calma del hogar cuya primera piedra va a levantarse; el canto del pájaro, la fábrica del nido, que lo mismo puede hacerse con pobres pajas que con hilachas de terciopelo.

¡La reja, ah, la reja! El pincel puede emplearse en ella cumplidamente. Una graciosa cabeza de mujer que asoma entre los hierros pintados de verde; un torso envuelto en los airosos pliegues de una capa; el tiesto de rosas del tiempo que esparce sus suaves aromas; la hiedra que trepa hasta el dintel dejando en las maderas festones de sombra; el humo del cigarro, en fin, y la chispa de fuego que brilla en la penumbra, como para dar a conocer que no hay humo sin fuego ni amor sin humo, forman ese misterioso cuadro de tinieblas y luz que sólo puede copiarse en Andalucía, cuando la tarde cae y se pela la pava.

Basta contemplar una de esas ventanas, remedo del morisco mucharabieh, cuyas discretas celosías y cruzados hierros están acariciados por rosales y plantas trepadoras, para adivinar que son aras consagradas al Amor, altares en que se sacrifican a veces blancas palomas. Ante ellas suele desarrollarse el drama de los celos y lucir en ocasiones esa arma terrible que usa el andaluz y que hiere con la celeridad del rayo; la navaja. En lo antiguo, una cruz de madera clavada en la pared indicaba el sitio en que estas terribles luchas se llevaban a término cayendo

uno de los combatientes; por eso no causaba extrañeza, ver cerca de la ventana risueña y repleta de flores, el signo de la tristeza y de la muerte.

Hay poblaciones en que las rejas son verdaderos objetos de arte. Existen muchas que por su colocación y estructura llaman la atención de los curiosos; ejemplo de esto las de los jardines de la Casa de Pilatos en Sevilla, que han servido a tantos pintores andaluces para componer sus preciosos cuadros de género.

La impresión que causa en nosotros una reja desierta en la cual hubiéramos visto transcurrir esas horas rápidas que el amor anima y abrillanta, es semejante a la que experimentaríamos el esposo al contemplar la alcoba abandonada y la madre al mirar la cuna vacía. Hay siempre en ellas cifras y notas imperceptibles para el profano, pero vivas y palpitantes para el que recuerda; sombras queridas vienen siempre a apoyarse en los hierros o a inclinarse tras las persianas o los tiestos de flores.

Yo tengo entre mis *Nocturnos* un apunte de esas rejas encantadas a cuyo pie pasé, acaso, las mejores horas de mi existencia. Este apunte, puede completar el pensamiento que ha informado estos pobres renglones. Hélo aquí:

Por la reja andaluza  
donde tuve tan dulces confianzas  
contigo, aquella reja  
de verdes celosías  
y delicado alféizar,  
pasé envuelto en mi capa  
una noche de otoño limpia y bella,  
cuando el toque de ánimas  
lanzaba la campana de la iglesia.  
Estaba solitaria, silenciosa,  
un ataúd clavado eran sus puertas  
y la luz de la luna penetraba  
del maderamen por las anchas grietas.  
—No me causa rubor el confesarte  
que se oprimió mi corazón al verla;  
¡guarda tantos recuerdos de ventura!  
¡tantas cifras de amor aquella reja!  
Allí, esperabas, al caer la tarde,  
mi ramo de violetas,  
ramo que tú premiabas con un beso  
al nacer las estrellas.  
Allí alzamos castillos en el aire  
que el tiempo derribó, y allí, ¿te acuerdas?  
con el último adiós, la primer lágrima  
nos arrancó el placer sobre la tierra.  
Pasé de largo y me subí el embozo  
calándome el sombrero hasta la ceja,  
para ocultar, de mi rebelde llanto  
la reluciente prueba,  
mas, convertido en animado autómata,  
a mi pesar volvía la cabeza  
y a dirigirla la postrer mirada  
me detuve al doblar la esquina opuesta.  
Volvieron a pasar, de tus amores,  
las imágenes trémulas,  
y, en la fascinación de mis sentidos,  
ví dos sombras inmóviles en ella.  
—¡Oh poder creador de los recuerdos,—  
dije, al ver las dos sombras en la reja,—  
hé allí, desarrollándose a mi vista  
de mis pasadas noches las escenas!...  
Por esta dulce magia encadenado,  
volví sobre mis huellas  
acercándome, al cabo, lentamente.  
Mas, ¡cuál fué mi sorpresa  
al ver a una rolliza maritornes,  
alegre y descompuesta,  
entretendida en plática sabrosa  
con un guapo jayán de tez morena!  
Retrocedí, mi pálida mejilla  
tomó el tinte encendido de la fresa,  
y comprendí mejor, a aquel romano  
que murió de vergüenza,  
al ver que los soldados de Alarico  
profanaban el pórtico de Vesta.

BENITO MAS Y PRAT

AURORA

(Conclusion)

La monotonía del cuadro se rompió de pronto. Un punto oscuro dividió el cielo de la tierra. Parecía algo que del firmamento bajaba al mundo; algo que el mar y el espacio habían producido; ¡quizá el fruto de tantos amores como en la naturaleza existían! ¡quién sabe si el amor mismo!  
Aurora miraba, miraba, y cuanto más el punto aquel se engrandecía, su corazón latía con más fuerza.  
¡Qué incomprensibles misterios agitan el corazón humano!  
A veces, ¡qué misteriosas revelaciones escucha!  
Aquel punto negro suspendido entre las dos inmensidades, a medida que avanzaba, se fué convirtiendo de negro en gris, hasta que por su blancura sobrepujo a las espumas del Océano, sobre las que, como pájaro de abiertas alas, se dirigía hacia la costa.  
Es cierto que, a lo lejos, semejava una paloma, como aquellas que condujeron a Venus en su carro de nácar; es cierto que, ya más próximo, distinguíase en medio de su blancura algo así como rama de verde oliva que sujetaba su pico, haciendo recordar la que, en los días del diluvio, volvió al arca con igual ofrenda.

¡Ilusiones de la distancia, que bien pronto la distancia misma desvanece!

La paloma de Venus era una nave que, a velas desplegadas, corria sobre la líquida llanura, como la flecha que, sacudida por el arco, atraviesa las ondas, aun más móviles, del viento.

Cuando la nave hubo llegado a la costa, ocultóse toda ella detrás del muro de un acantilado.

Al poco tiempo, un hombre de barba escasa terminada en punta, ojos negros y vivos, piel tostada por el sol, alto, ágil y vestido a la usanza griega, apareció sobre la cortada peña, en la cual se detuvo unos instantes.

Aurora sintió correr a lo largo de su cuerpo hondo y penetrante calofrío; aquel hombre parecía mirar en dirección a la casita blanca.

La distancia que de esta última le separaba era corta. El griego echó a andar.

Era bello y gentil como la palmera del desierto, pálido como sus arenas; en sus ojos brillaba la noche, y el sol resplandecía en su rostro.

Aurora le miraba; le veía, cada vez más próximo, andar sin detenerse en dirección a ella.

El espacio se acortaba: le contempló, sin aliento apenas, tocar la cerca del huerto, arrodillarse, besar la tierra, volverse a erguir, saltar la valla, adelantarse por entre los arbustos y plantas hacia el pabellón en donde ella se encontraba; llegar a este, tocar el umbral y...

VII

Sus ojos se encontraron y el espacio pareció iluminarse por esta doble mirada.

Aurora, inmóvil hasta aquel instante, saltó y se puso en pié, al propio tiempo que el viajero, cayendo de rodillas, tomó entre sus manos el extremo de la túnica de la jóven, en cuya fimbria sus labios depositaron un mudo y respetuoso beso.

AURORA (*inmóvil y seria*).—¿Quién eres?  
EL VIAJERO (*de rodillas*).—Un esclavo.

AURORA ¿De quién?  
EL VIAJERO Tuyo.

AURORA ¿Cómo te llamas?  
EL VIAJERO Miguel.

AURORA ¿De dónde vienes?  
MIGUEL De Lesbos, mi patria.

AURORA ¿Qué te trae?  
MIGUEL El amor.

AURORA ¿Tú amas?  
MIGUEL Con toda mi alma.

AURORA ¿A quién?  
MIGUEL A tí.

AURORA ¿Tú me conoces?  
MIGUEL Te amo.

AURORA ¿Desde cuándo?  
MIGUEL Hace ya largo tiempo.

AURORA ¿Cómo siendo de Lesbos, me conociste?  
MIGUEL (*extendiendo el brazo y señalando una torre fortificada que se levanta a su izquierda*).

Desde aquella fortaleza. En las guerras contra el turco yo combatí por la libertad de Grecia, en donde fui hecho prisionero y trasladado a aquel castillo, desde cuyas ventanas te ví y te amé!

AURORA ¡Y lo has callado hasta este instante!  
MIGUEL Cargado de cadenas entré en mi calabozo y a los dos años lo abandoné de igual suerte, hasta que los turcos me desembarcaron en Lesbos, de donde llego para decirte que te amo.

AURORA ¿Tú sabes lo que es amor?  
MIGUEL Lo que yo siento.

AURORA ¿Qué es lo que sientes?  
MIGUEL No sé si acertaré a explicarme; pero siento... siento... ¡Deseos de mirarte sin dejar de verte nunca!

AURORA (*suspirando*). ¡Tú no amas!  
MIGUEL ¡Con todo mi corazón!

AURORA Entónces, ¿hubieras vivido dichoso encerrado en aquella fortaleza viéndome todos los días?  
MIGUEL Sí; hubiera muerto dichoso.

AURORA (*suspirando*). ¡Tú no amas!  
MIGUEL ¡Con toda mi alma!

AURORA (*sacando de un cofrecito un retrato*). Si eso te satisface y eres feliz con verme, ahí tienes tu felicidad. Toma y márchate. (*Le entrega el retrato*). ¡Ya has logrado cuanto ambicionabas! ¡Dichoso tú!

MIGUEL No; mi amor ambiciona más que eso.  
AURORA ¿Qué más ambiciona tu amor?  
MIGUEL Hablarte.

AURORA (*suspirando*). ¡Tú no amas!  
MIGUEL Oírte.

AURORA (*suspirando nuevamente, dice en voz baja*). ¡No sabes lo que es amor!  
MIGUEL ¡Vivir siempre a tu lado si tú me lo consientes!

AURORA ¿Por qué no?  
MIGUEL Darte mi vida.  
AURORA ¡Una vida sin amor no la quiero!  
MIGUEL Estrecharte entre mis brazos...  
AURORA (*Temblando y como desvanecida*). ¡Entre tus brazos!...

MIGUEL (*levantándose*). Sentir tu corazón junto al mio, mis ojos en tus ojos, tus manos en las

mias; ser tu alma mi alma, mi sangre tu sangre, ser dos y no ser más que uno: eso ambiciono, eso deseo, eso...

AURORA ¡Eso, eso sí que es amor!

VIII

A la caída de la tarde, en esa hora en que la noche da su primer beso al día y le cierra los ojos para que repose de tantas fatigas, la nave que de Lesbos llegó días antes á Chipre partía de nuevo de Chipre con dirección á Lesbos. ¡Nido de amores, en cuyo fondo se fundían dos alientos, dos vidas, dos corazones!

El mar, dichoso de sustentarlo, lo mecía blandamente: la brisa, no ménos dulcemente lo arrullaba; y el sol, envidiando tanta ventura, cubría el horizonte con un pabellon de sombras.

IX

En tanto que la nave huía hácia Lesbos, en Chipre, aquella casita blanca, como las nieves del Septentrion, y aquel huerto semejante al ramillete de flores de una vírgen desposada, suspirando tristemente decían:

*La casita.*—La perla se ha desprendido de la concha; Vénus ha dejado su morada por la tierra de los hombres; la estrella ha vuelto al cielo... ¡Ay, triste y sin ventura de mí! Ya mis paredes no repetirán sus palabras; el eco no me anunciará sus pasos; sus ojos no alegrarán mi soledad. Quiero morir; el dolor agrieta mis muros; mis paredes tiemblan de frio y de dolor. Quiero morir, desmoronarme, hundirme; que no quede de mí, piedra sobre piedra. Huracan, derribame; rayo, abrásame; Océano, arrástrame á tus abismos sin fondo. ¡Cuán ingratos y egoistas son los séres que aman!

*El huerto.*—Sí, es verdad; los séres que aman son ingratos, egoistas y crueles. ¿Qué no me debe Aurora? Yo alegré sus horas de tristeza; en sus días de amargura yofuí su consuelo; medicina de sus enfermedades; distraccion en sus ocios; hermano en sus pensamientos. Yo le dí las aguas con que lavaba su cuerpo; con mis entrañas alimenté las flores que adornaban sus cabellos y el sazornado fruto de que gustaban sus labios. La miel de mis colmenas era para ella; el aliento que respiraba, á mí me lo debía. ¡Cuántas veces, viéndola pensativa, agité las ramas de mis árboles, llamando á los pájaros para que vienesen á distraerla con sus armoniosos trinos! ¡Y ahora me abandona! ¡Ah, Dios mio! ¡Qué ingratos y egoistas son los amantes!

En torno de la casita y del huerto descendieron multitud de espíritus desconsolados. Todos ellos se condolían y lamentaban de la ausencia y del olvido; todos ellos á una, como la casita y el huerto, decían á su vez:

—¡Qué ingratos y egoistas hace á los séres el amor!

La voz de un ángel bajó del cielo para calmar tantas angustias.

EL ÁNGEL

Callad, callad, almas viudas; no aumenteis vuestros tormentos con estériles lamentos y vanas quejas; callad.

Quien ama tiene en sí mismo toda posible ventura; si quereis vuestra amargura trocar en placer, amad.

No es ingrato ni egoista quien por amor abandona; jamás, jamás ocasiona, quien ama y siente, el dolor.

Los séres que habeis perdido, ¿quizá les habeis amado?... ¡Quizá todo á vuestro lado tuvieron, ménos amor!

¡Amor!... ¡amor! Sus caprichos en tierra y cielo son leyes;



LA CACERÍA, dibujo por Bool

pueblos, naciones y reyes los gobierna á su placer.

Toda la naturaleza ama y venera su nombre, él es la vida del hombre y el alma de la mujer.

Dios por amor se hizo verbo y abandonó el paraíso; Dios por amor sufrir quiso en la cruz muerte y pasión.

Por amor, hiel y vinagre bebió, y descendió al infierno; y nos dió, su amor eterno, nuestra eterna redencion.

X

Contemplando el mar desde el promontorio de Léucades, pensaba Aurora, algun tiempo despues de haber arribado á la patria de Miguel:

—El temor de perder lo que tanto se ha codiciado es la pena que amarga la felicidad que poseo. En mi amor, la realidad ha sobrepujado á mis sueños, á mis ilusiones y á mis esperanzas; soñé el amor grande y es inmenso; el placer que imaginaba, sombra es del gozo; la dulzura del cariño de Miguel es mayor de la que anhelé en mis delirios de doncella; he conseguido, pues, la suprema dicha; lo tengo todo, y... ¡todavía me falta algo!... no, algo no; ¡me falta todo!... ¡eternizar mi amor!

Aurora quedó pensativa, y sintió que el primer dolor oprimía su alma y turbaba su ventura.

—¡Ay! ¡Quién pudiera eternizar la dicha! ¡Ah! ¡Quién pudiera, llegado el feliz y codiciado momento del amor, cuando la pasión ha alcanzado la felicidad suprema, ante la cual todo palidece; quién pudiera, unidos, confundidos, eternizar este instante!

La mudanza de las cosas hacia presentir á Aurora una posible desgracia, á la cual no sobreviviría ciertamente.

Sentada en las rodillas de Miguel una noche de otoño, cogía temblando, Aurora, entre sus dos manos la cabeza de su amante, á quien decía con voz más dulce que la miel de Himeto:

—¿Me quieres?

—¡Te adoro!

—¿Cuánto?

—Muchísimo.

—¡Muchísimo! Eso no es decir nada. Si tu amor se midiese, ¿cuánto espacio llenaría?

—Todo el espacio.

—Si se pesara ¿cuánto pesaría?

—Mil veces todos los astros.

—¿No te engañas?

—¿Qué me quieres decir?

—Que todo prueba lo contrario de tus palabras.

—Veamos.

—El sol es luminoso, y no cesa un punto de brillar; sus rayos constantemente dan luz y calor; el cielo es azul en todos los momentos; la flor, apénas nace, despide su aroma hasta despues de haber muerto; el mar se agita en todos los instantes y el corazón palpita hasta en el sueño. Mira tú cómo el corazón, el mar, la flor, el sol y el cielo, sin llenar el espacio, ni pesar todos los astros, no cesan jamás de resplandecer, de ser azul, dar perfume, agitarse y latir. En tanto que tu amor, con ser más grande que todos ellos... ¿en qué se manifiesta?.. ¡En una mirada, en un abrazo, que apénas nacidos mueren!

Miguel quedó sorprendido, hasta que al fin, rodeando el talle de Aurora, exclamó:

—Te daré mil y mil abrazos; te estrecharé hasta acabar la vida.

—No, no;—dijo Aurora, abandonándose á los deseos de Miguel;—quiero un abrazo, uno solo que no termine nunca, que no cese jamás.

El amor se desbordaba, los estrechaba y los fundía al uno contra el otro.

—En una mirada eterna; ¡sin fin!...

—¿Una sola?

—Una sola.

La escena ocurría sobre el promontorio de Léucades y en su extremidad, la cual avanzaba hácia el mar y sobre él se inclinaba como una enorme cabeza.

Aurora miró á sus espaldas, vió la inmensidad del Egeo bajo sus piés y volviéndose á su amante le dijo de nuevo:

—¡Mírame!

—Ya te miro.

—Fijamente; no muevas los ojos; así, así me has de mirar siempre. No quiero que nuestro amor termine ni que esta mirada concluya. ¿Me amas?

—Con locura.

—Así me amarás miéntas vivas y yo así he de verte también eternamente.

Y al decir estas palabras, se deslizó con suavidad de los brazos de Miguel cayendo á plomo en el Océano cuyas aguas se abrieron para abrazarla á su vez con estrecho é inacabable abrazo.

Porque todo en la vida es pasajero; sólo la muerte es inmutable y, en ella, quiso Aurora eternizar su amor.

V. COLORADO

¡VIVIMOS POR VIVIR!

Dicen que por un clavo se perdió un imperio, y ciertamente que las causas más pequeñas pueden á veces producir los resultados más extraordinarios.

Kepler descubrió las leyes á que los planetas obedecen en sus giros en el espacio; Galileo dió á conocer el movimiento de rotacion de la Tierra; Newton formuló las leyes de la gravitacion universal, por las que los astros se mantienen perennes en sus órbitas y de las que dependen los movimientos y el peso de los cuerpos; Berthollet, Lavoisier, Berzelius, Dalton, Gay-Lussac las grandes leyes de la química, que son la pauta y norma á que la materia se ajusta en sus continuas metamorfosis; Colding, Mayer y Joule el gran principio de la conservacion de la fuerza y transformacion de la energía, que explica y rige la correspondencia entre los fenómenos mecánicos, y los caloríficos, luminosos y eléctricos, base

y fundamento de la física y de la fisiología; pero aun con todas estas leyes y á pesar de todos estos grandes principios y otros de igual categoría, que parecen bastar por sí solos para determinar el modo de ser del Universo, ni nosotros los humanos existiríamos, ni seres mil de todas clases que nuestro planeta pueblan, darían vida y animación al globo, si detalles al parecer insignificantes no concurrían y se armonizaran para tan importantísimo, para tan trascendental efecto.

\*\*

Cuando, al apuntar el invierno, los habitantes de las costas del Norte de Escocia y del Oeste de Noruega dirigen sus miradas hácia el mar, columbran frecuentemente hácia el horizonte grandes témpanos de hielo, que, empujados por los helados vientos del polo, bajan flotando sobre las aguas, desde los mares árticos donde se forman, hasta latitudes más bajas donde las aguas, cada vez más templadas, los van derritiendo poco á poco.

A medida que el invierno avanza estos témpanos van siendo más numerosos y mayores, llegando á formar verdaderas montañas de mil caprichosas formas, que avanzan cada vez más atrevidas, conforme el rigor del invierno aumenta. Después, cuando éste pasa y las brisas primaverales llegan, las masas de agua helada vuelven á disminuir, á quedarse cada vez retradas, distinguiéndose cada vez más al Norte sus relucientes lomos iluminados por los rayos oblicuos del sol.

Se manifiesta, pues, en esto un hecho singular, por más que por observarlo con frecuencia no nos parezca extraordinario. El agua sólida flota sobre el agua líquida; el hielo es  $\frac{1}{11}$  más ligero que el agua en que se forma; las moléculas líquidas al apretarse para constituir un sólido, ocupan más espacio. Hecho extraño, excepción maravillosa, por la cual este planeta es habitable.

Sucede, con efecto, que los cuerpos con el calor se dilatan, haciéndose más ligeros, y con el frío se contraen, aumentando como es lógico su densidad; de forma que al irse enfriando un cuerpo líquido sus moléculas se van aproximando, la masa se hace más densa y llega un momento en que afecta el estado sólido, ocupando entonces más reducido espacio que en el estado líquido. No faltan cuerpos, sin embargo, que pesan menos al solidificarse, es decir, que se hacen más ligeros; tal ocurre con el hierro que flota sólido sobre el hierro fundido; con el metal bismuto en el que se nota igual efecto y por último con el agua.

La física explica la constitución que las masas de hielo tienen para que aun siendo sólidas sean más ligeras que el agua líquida, pero es lo cierto que por tan maravilloso detalle, bien ínfimo al lado de los grandes principios que rigen el universo, hay población, vida y movimiento en la superficie de la tierra y en el seno de las aguas.

\*\*

El agua líquida tiene su máximo de densidad á la temperatura de  $4^{\circ}$  sobre cero, de modo que considerando la masa del mar ó de un lago, en invierno ocurrirá lo



UN TIPO MERIDIONAL, dibujo por F. Reiss

siguiente: Las aguas desde el verano se hallarán á una temperatura próxima á la del ambiente, es decir, á  $10^{\circ}$ ,  $15^{\circ}$  ó  $20^{\circ}$  por ejemplo; á medida que la temperatura de la atmósfera desciende, descenderá también la de las aguas en las capas superficiales, y estas al enfriarse se irán haciendo más densas y por lo tanto se irán á fondo, viniendo á la superficie capas más calientes que se enfriarán á su vez y descenderán para ser sustituidas por otras; pero cuando las capas frías bajen á una temperatura de  $4^{\circ}$ , y ocupen el fondo, ya estas capas no serán desalojadas de allí por otras aunque la temperatura de la superficie descienda, porque á  $3^{\circ}$ , á  $2^{\circ}$ , y á  $1^{\circ}$ , ya son más ligeras que á los  $4^{\circ}$  referidos. De este modo sucede que mientras en las capas superiores continúa el enfriamiento, las capas bajas se mantienen á la temperatura constante de los  $4^{\circ}$  y así sucede que al llegar las aguas de la superficie á  $0^{\circ}$  ó un poco menos, según las circunstancias, el hielo se forma y como es  $\frac{1}{11}$  más ligero, sobre las aguas queda flotando. Protegidas por esta capa aisladora que evita la acción del frío del exterior, las aguas profundas se mantienen indefinidamente á  $4^{\circ}$  mientras que el hielo va aumentando muy poco á poco de espesor; necesitando que los inviernos sean muy largos y rigurosos para que alcance el espesor de algunos pies; esta es la razón por la cual las aguas de los lagos profundos se encuentran en su seno libres de hielo mientras que los ríos más impetuosos si tienen poco fondo, se ven muy frecuentemente convertidos en una masa sólida inmóvil.

Helada la superficie de las aguas de los mares, los ríos y los lagos durante los inviernos en los países fríos, transitan por ella hombres y animales y á veces los más pesados vehículos, en tanto que debajo, en el seno de las aguas más calientes y más densas que quedaron líquidas,

vive y se agita numerosísima población acuática.

Pero el invierno pasa, las brisas primaverales templan el ambiente, y en cuanto los rayos del sol adquieren alguna fuerza, la superficie helada se derrite, y al par que los campos se cubren de verduras y las aves cantan y se esparcen, las aguas recobran su perdida movilidad, corre el río, riza el aire las aguas del lago, y las olas del mar, coronadas de espuma, se agitan y estrellan sin cesar contra las costas. La vida renace después del letargo del invierno y por todas partes la animación y la alegría son cortejo de la regocijada primavera.

\*\*

Otra cosa muy diferente pasaría si, como sucede en la mayoría de los cuerpos, el agua sólida fuese más pesada que el agua líquida, si la densidad del hielo aumentase esa fracción, *ese onceavo*, que le falta para ser igual á la del agua á  $4^{\circ}$ .

Entonces al llegar el invierno, á medida que el hielo se formase en la superficie de las aguas se iría al fondo del mar, del lago ó del río donde se hubiese originado, quedando al aire libre nueva superficie de agua líquida que en contacto de una atmósfera glacial, se congelaría á su vez y descendería amontonándose en el fondo la masa helada que continuamente se iría formando. De este modo al fin de un invierno riguroso el hielo lo obstruiría todo en los mares, ríos y lagos de las regiones frías, acumulándose desde el fondo hasta la superficie; ríos, lagos y mares formarían una masa sólida, y la población acuática perecería por completo.

Cuando en el verano los rayos del sol viniesen á ejercer su beneficioso influjo, la superficie helada se derretiría, el agua líquida resultante formaría una capa sobre el resto de la masa helada impidiendo que los rayos calóricos penetrasen; y sólo muy lentamente y por el contacto con el agua templada de encima la de abajo se iría fundiendo. Quedaría un gran remanente de hielo en el fondo y hácia la superficie una capa líquida de menguado espesor, de modo que al apuntar los primeros fríos del invierno siguiente todo se helaría en seguida. La masa de carámbanos iría ganando terreno desde las regiones más frías á las templadas y á las cálidas, gran parte del calor solar que ahora se emplea en volatilizar el agua, en aumentar la temperatura del ambiente, en activar la vegetación etc., se consumiría en el inmenso trabajo de deshalar y calentar vastas superficies de agua sólida. El mundo orgánico de las aguas, destruido, la navegación interrumpida y con ella el comercio y la civilización moderna, serían las primeras consecuencias de semejante efecto; después la atmósfera cada vez más fría, los vientos del Norte cada vez más helados, con bruscos cambios de un ardiente calor en un estío brevísimo, la vegetación cada año más difícil y pobre, la animalidad en los llanos, en los bosques, en las montañas y en los aires más escasa, hasta que la tierra entera yerma y helada, sería por todas partes triste remedo de lo que son hoy las solitarias regiones polares.

Al considerar todo esto bien puede exclamarse: ¡Vivimos por  $\frac{1}{11}$ !

DOCTOR HISPANUS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

## DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Enemnos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON